

# Arreglos de Mediodía

Un cuento de Mauricio Restrepo R. (a.k.a. **Ludwig Pursewarden**)

*A Héctor Álvarez*  
(*Por su forma de decir “Hijueputa”*)

Es costoso para ellas decidir. El miedo las domina.

Por eso recorren largos e inútiles caminos, formando nudos en el hilo vaporoso que se vislumbra de su vuelo incesante. Qué carentes de sentido cuando sus patas, delicadas —[la neblina suspendida en una carretera olvidada]—, se posan sobre alguna de las cuatro paredes agotadas, desteñidas por el mismo desamparo que se cierne sobre el centro de esta ciudad anaranjada. . . Diríase que por momentos soportan el interior de la maltrecha fachada ubicada en Caracas —Cafetería *La Revancha*—, media cuadra abajo de La Oriental —“Un *noc-out* a su paladar”, en letras estridentes—. Muchedumbre. Sol enfurecido.

¡Quién comprende entonces las cuatro moscas del lugar; aquel proceder tan accidentado, tan errático! (*¿Paranoia, acaso, de una corta vida que se dispersa en el rumor polvoriento de un vuelo ambicioso, pero atormentado?*).

En ese infierno de avidez del que rinde cuenta el batir de sus alas, aquellos voladores siembran el fastidio entre los comensales de mediodía, quienes se extienden en retahílas en contra del bochorno: cliente puntual y despreciable que doblega párpados de pergamino y afloja botones de camisa. El pelo en pecho del jornalero bajo el sol.

Las moscas —“por fin”, piensa Cáceres, *el negro*— aterrizan torpemente, aunque sobre las patas de su mesa.

Vigilando el correcto orden de sus pasos, las moscas avanzan con sigilo hasta ver de lejos la humeante canastilla de plástico, par Pony Maltas, y la amenaza de una mano de ébano que, aunque atenta, no podía pretender camuflarse entre la madera. Sólo una vaga sospecha, un menor movimiento de los dos hombres que conversan sentados —Armando Herrera y *el negro*, Humberto Cáceres, los únicos del lugar que aún no empiezan a comer, ni lo harán— para emprender el vuelo en ráfagas de desespero, y desde la distancia encontrar otra manera, otra ruta para atisbar aquel sabor, aquella envoltura gaseosa de unas empanadas cuyo tamaño, dicho sea de paso, no es posible asociar con su sabor.

Las dos o tres “de carne” descansan aperezadas, se enfrían como obreros extenuados, recostados en bultos de maíz al final de la jornada, sobre el brillo grasiento de las servilletas. Mientras tanto, las diminutas alas se elevan, en un indeciso deleite, sobre oleadas de humo que destilan otras mesas, otros tintos y frituras de sabores solapados, productos de un aceite que nunca para de trabajar, incluso en medio de su propia descomposición.

Entre tanto que escoger —y esto desde el punto de vista del negro Cáceres, que aún no cree lo que oye de labios de su amigo, y prefiere por momentos dispersarse, entregarse al enigma del comportamiento de una mosca—, la periferia de alguna oreja seguía siendo la costumbre de aquellos voladores de piernas peludas. El calor desdibuja los contornos de los automóviles, ondea sus formas, diluye sus colores, y marchita el descanso de quienes ya acabaron de comer, y cuyas cabezas descansan en los muros cavernosos de la tenducha.

El negro extiende un poco más la mano para tantear a las osadas.

Una historia bordeaba su fin.

—Pues hombre, más claro no canta un gallo...

—Pero...

—¡PERO NADA, NEGRO, GUEVÓN!!!

—...

—Vea hermano, como dicen: Huevo es... gallina —vocaliza:— *¡lo po-ne...!*

El negro Cáceres pasaba de largo ante la frescura de las muy atrevidas. Algunas ya tocaban tierra firme, sus patas sobre la cesta, colonizando de a poco los terrenos que el pobre había fiado, prometiendo pagar al día siguiente con lo que, ahora, parecía filtrarse por las grietas de algún sueño olvidado (“¡Olvidate negro!... Hermano, hágase a la idea... ¿Esa platica? Vea... —y con la boca, Armando señala arriba de su cabeza— *pispiríspis*, mijo...”).

—Oiga... este Peláez si es mucho *hi-jue-pu-ta*, ¿ah?... —le susurra Cáceres a su amigo con una íntima amargura, meneando la cabeza, incrédulo aún a pesar de la evidencia. Luego, nada más recostar su espalda en la silla, y un temblor en los labios, que si bien cerrados, se tragan un alarido que no puede más que retumbar en sus sienes palpitantes.

El lapicero se mueve entre dedos, retumba sobre la mesa a un ritmo atropellado. La ansiedad como un hambre inmerecida —un zumbido eterno al oído—. Vano intento del negro Cáceres de buscar una perspectiva, alguna coartada a favor de Peláez, el *avión*: el “amigo”.

—¿Hijueputa? ¡Hijueputa y medio, papá!!! —dijo Armando Herrera, humedeciéndose los labios.

—...

—Negrito —dijo Herrera con un poco más de calma, con la complacencia que le daban sus planes futuros—: uno se demora en creer...

—...

—En fin, no le demos más vueltas a esta vaina... Usted sabe, al igual que yo, qué es lo importante ahora... Ese pedorro ya está que viene... Cinco, diez minuticos si mucho...

—Pero vení, ¿cómo así que lo que impor...?

—¡Ah, juemadre...! —exclamó Herrera, furioso; un hombre de otra mesa miró con curiosidad y previno un evento de gran proporción—. ¡Ahora me saliste marica, pues!!! —sentenció, esta vez con un volumen más moderado, pero mirando para otro lado con aire de indignación—. Vea —continuó, señalando de nuevo con la boca, pero esta vez hacia la entrada—. Ahí está el taxi listo.

Pasaron quince minutos. Peláez se distingue a la cuadra, con paso firme, huyendo de los fogonazos del sol. Una vez en la sombra baja la mano de la frente y entra en la cafetería. Su sonrisa desentona con el malestar general. ¡Cuánto calor!

—¡Compañeros! —dijo Peláez, con entusiasmo—. ¡Cuándo podré renegar de ustedes dos! —se sentó, expulsó las moscas de la cesta, y de a empanada y Pony en un santiamén.

—Nosotros ya comimos, Peláez... —dijo el amigo de Cáceres—. Ahí te guardamos un recuerdito...

Peláez masticaba lentamente, pero sus cachetes se mostraban abultados y compulsos. ¿Ellos? Esperando. De pie.

—Bueno, ustedes como que llevan rato acá... ¿Mucha conversadera...? O reposando el buche —dijo sonriendo, luego de tragar—...

El negro Cáceres acumuló una fuerza que sólo hasta ahora conocía.

—Hermano —dijo, imaginando su cadáver—, vos sabés... Aquí...

—... arreglando el país en un cuartico de hora —remató Herrera—...

—¿Arreglar esto? ¡Ustedes si son muy varones...!

—Pues hermano, no vamos a cambiar el mundo, per...

—¡*HOMMMBRE* —interrumpe el negro, tomando antes una bocanada de aire—, tampoco hay que ser tan ambiciosos...! Es cuestión de mirar alrededor, y ver qué se puede hacer... Al final alguien nos lo va a agradecer...

—Bueno negro, sin güevonadas... ¿Vamos? —dijo Armando, impaciente, matando el cigarro sobre la empanada que quedó sin ser probada—. El taxi nos está esperando afuera...

—¡Cómo!!! ¿Y es que ya montamos en taxi? —ríe Peláez, apoyando la mano sobre Cáceres: tres palmaditas en la espalda...

—Lo que pasa es que pa' donde vamos es lejitos...

—... y empinao...

—Ustedes son los que saben... —agrega Peláez, en la víspera de un eructo de placidez—. Yo la verdad no entiendo un culo.

—Y créeme, jiquerón, que nosotros tampoco, pero vamos... —replica Armando, subiendo un poco la voz, tratando de sonar gracioso. Sus facciones, sin embargo, recordaban la estela del sabor de una comida repugnante.

—¿Que qué? —Peláez sigue sin entender.

—*¡Que vamos!* —le dice Cáceres, despacio, sonriendo, las cejas levantadas...

Los tres suben al taxi. El negro adelante, respirando con decisión. Sólo con la necesaria para el momento.

La mancha amarilla finalmente se pierde entre barrios olvidados y carreteras polvorosas.

Una de las moscas estuvo observándolos durante toda la conversación. Como una premonición, decide colarse antes de que las ventanillas se cerraran.

Sabía, aunque sin saberlo, que viajaba en la promesa de un cuerpo en descomposición.